

ser atribuida únicamente á una causa sobrenatural. Véase en qué circunstancia: Algunos años después de recobrada la salud, durante la instrucción del proceso, la religiosa estaba muy turbada con la idea de declarar bajo la fe del juramento todo lo que sabia se verificó en ella. Estaba angustiada y vacilante, cuando hé aquí que reaparecen sus antiguos dolores y le hacen sufrir con mayor violencia que en otro tiempo. Cayó de rodillas, pidió perdon á Dios y á su Siervo por su falta de fe, y prometió referir, bajo el sello del juramento y sin vacilacion alguna, lo que sabia le habia ciertamente sucedido. En el mismo instante desaparecieron los dolores, reapareció el excelente estado de salud, y después se ha conservado hasta hoy.

35. Mejor será escuchar á la religiosa que nos hace este relato: «Algunos años después de mi curacion milagrosa, al saber que me veria obligada á declarar bajo juramento acerca este punto, quedé consternada, temiendo no poder explicarme con toda la precision apetecible y poner así escriptulos en mi conciencia. En esta angustia de mi espíritu, cierto dia que rezaba el oficio en el coro, senti en el bazo un dolor mas fuerte del que habia experimentado nunca en el curso de mi dolencia. Temblorosa me dirigí á mi aposento, donde postrándome de rodillas, invoqué con fervor al venerable siervo de Dios Benito José Labre, y le pedí perdon por mis vacilaciones, prometiéndole que juraria, no una, sino mil veces, para certificar todo lo que sabia del milagro que habia obrado en mí. Terminada mi súplica, desapareció inmediatamente todo dolor, al mismo tiempo que toda duda y temor; y gracias á Dios y á su siervo, no he vuelto á sufrir más.»

36. ¿Quién, pues, después de este nuevo testimonio del cielo, podria dudar aún de la verdad del milagro?

JUAN ROSATINI. FRANCISCO MERCURELLI.

CAPÍTULO II.

DISCUSION DEL MILAGRO.

§ 1.—*Primeras observaciones del promotor de la fe.*

1. Harémos observar primero que las enfermedades de naturaleza tan diversa y tan anormales que durante tanto tiempo adligieron á sor Angela Josefina Mári-

ni, dependian de una obstruccion del bazo, como se verá luego manifestamente. Esta religiosa, aunque pequeña y delicada, abstraccion hecha de una pleuresia de que fué atacada en cierta época, y tambien de las afecciones histéricas á las que todas las mujeres están más ó menos sujetas, gozaba de buena salud en el año 1792, en el monasterio de San Antonio en Pennabilli. Antes de esta época se habia dedicado con frecuencia á ocupaciones pesadas, y en este mismo año danzó mucho tiempo con otras religiosas para recrearse durante el carnaval. Esta fué la principal causa de la obstruccion del bazo de que nos ocupamos en este momento. Pero dejemos la palabra á la misma enferma, que declara así después de su curacion: «Hasta la edad de veinte y dos ó veinte y tres años gocé siempre de buena salud, pues á pesar de mi apariencia muy delicada, tenia buen temperamento. Desde esta época empecé á estar enferma de un dolor en el bazo, que juzgo producido por calores resultantes de fatigas excesivas, y particularmente de una danza de tres horas por lo menos, á la que me entregué con algunas hermanas en el monasterio de Pennabilli, durante el carnaval. Este dolor me hacia sufrir casi continuamente más ó menos. Poco á poco aumentó hasta el punto de que, durante el Adviento del mismo año, me vi obligada á cesar toda clase de trabajo... á guardar cama, y aceptar la asistencia del difunto doctor Battelli... El alivio que experimenté fué de breve duracion; y pronto me sobrevinieron grandes espasmos.»

2. Esta obstruccion duró veinte y seis años; y al mismo tiempo que estaba enfermo el bazo endurecido, padecia tambien el útero, que tiene muy próximo. Así los *ménstruos* eran *irregulares*, y á veces *suprimidos durante muchos meses, tanto al principio como al fin de la enfermedad*. Las suspensiones ó irregularidades de los ménstruos, lo mismo que la compresion del útero daban lugar á pleuresias, peripneumonias, hemoptisis, secreciones purulentas, flores blancas, convulsiones, afecciones histéricas, jaquecas y cólicos.

3. Sin embargo, todos estos males cesaban á veces, y la enferma, que se creia próxima á la muerte, parecia adquirir de nuevo sus fuerzas y recobrar la salud. Permaneció en esta situacion en Pennabilli hasta 1810, cuando la desventura de los tiempos la arrojó, lo mismo que á las demás religiosas, fuera de su convento. Respecto á esto, estoy enteramente de acuerdo con el defensor de la causa,

que dice: «De espíritu naturalmente vivo, inclinado á la alegría y á la risa (disposicion que conserva aún hoy en su ancianidad), la probricitá jóven se hallaba postrada por la violencia del mal; pero cuando calmaba éste, aunque persistiese la enfermedad principal, volvía á parecer á los ojos de sus hermanas fuerte y como curada. Esto es lo que hace decir á los testigos, que ora estaba buena, ora enferma, lo que ella misma explica con mayor claridad en estos términos:—«Todos estos males me asaltaron con alguna intermitencia, pero el del bazo no me dejó nunca.» Sin embargo, no puedo pasar en silencio la sospecha que el carácter de la enferma hizo concebir al testigo quinto, la abadesa del monasterio de San Antonio de Pennabilli: «El carácter de sor Marini, dice, fué siempre vivo, alegre y emprendedor. Nunca creí que esta religiosa fingiese estar enferma, pero he dudado á veces que su mal fuese tal como pretendía.»

4. Sor Angela Josefina vivió en el seno de su familia hasta el año 1815, y habiendo persistido durante este tiempo la dureza del bazo, padecía casi los mismos males que antes. No obstante, según su costumbre, cuando iba un poco mejor, decía que estaba curada.

Habiendo la Iglesia recobrado la paz, sor Angela, por ciertas razones, no volvió al convento donde había pronunciado sus votos, sino que se retiró al monasterio de Santa Clara de Macerata Feltria, donde al cabo de poco tiempo, al anuncio de una triste nueva que la sobrecogió vivamente, cayó al suelo, y desde entonces reapareció su enfermedad, que de crónica que era antes se transformó en aguda. A consecuencia de mayor hinchazon del bazo, el útero se inflamó sobremanera, y dió lugar á evacuaciones: declaróse una calentura continua, y aumentó el dolor hasta hacerle insoportable el solo roce de los dedos y aún el contacto de los lienzos. La obstruccion del bazo, como hicimos notar primero, era la sola causa, el único origen de todos estos males, como resulta del testimonio del médico y del cirujano.

5. La cuestion se reduce, pues, á la enfermedad del bazo, y ahora veremos lo que hay que juzgar de la misma. Escuchemos primero atentamente al médico y al cirujano. El primero á la pregunta oficial: «Creeis que la enfermedad de sor Angela Marini fué precisamente un cirro en el bazo ó otra enfermedad?» contestó: «Debo repetir lo que he dicho más arriba, á saber, que la enfermedad de Angela

Marini era una obstruccion muy fuerte y antigua del bazo, transformada en una dureza tenaz y como pétrea, con infarto del útero; pues, según parecer de los autores más acreditados, principalmente entre los modernos, toda congestion de humores llegada á este estado de dureza no puede llamarse realmente un cirro en esta region de las vísceras del bajo vientre, sino más bien con el nombre de la enfermedad descrita arriba. Si en el curso de mis observaciones, y hablando de la enfermedad de Angela Marini, no he empleado siempre expresiones apropiadas y precisas, constantemente, sin embargo, he entendido hablar del mal minuciosamente explicado en esta respuesta.»

6. Véanse ahora las palabras del cirujano Castellani: «Puedo decir que, según la opinion de la mayor parte de aquellos que asistieron á Angela Marini, podia darse tambien el nombre de *dureza cirrosa* á la obstruccion muy inveterada, y por lo mismo crónica, del bazo, obstruccion con justo motivo denominada tenaz. Por lo tanto no puedo unirme á este parecer casi unánime, pues las señales primeras y distintivas del cirro y del cáncer no permiten confundir estas dos enfermedades con la dureza de las otras vísceras. En efecto, si examino los escritos de los diversos autores sobre el cirro, y leo atentamente las disertaciones acerca este punto, del sapientísimo profesor, el cirujano Antonio Scarpa, concluiré con él, primero, que el cirro y el cáncer nunca ocupan primitivamente el sistema linfático y las glándulas; en segundo lugar, que el cirro y el cáncer tampoco invaden nunca primitivamente las vísceras propiamente dichas, á excepcion de estos órganos internos que están provistos de una cubierta interior de piel replegada sobre sí misma, tales como el esófago, la laringe, el estómago, etc. El endurecimiento de las otras vísceras, lo mismo que los tubérculos inveterados del bazo, del hígado, del pulmon, del páncreas, de los riñones, del ovario, de la prostata y de la vejiga, no son cánceres ó cirros, y no pueden ni deben llamarse así; tampoco son fungos medulares.» Despues de hablar así este ilustre profesor, considerado hoy como clásico, prosigue: «No hay más que dos tejidos orgánicos que puedan ser el asiento de la formacion y de la evolucion del cirro y del cáncer, y son las glándulas conglomerasadas y la piel.» Al terminar su interrogatorio, Castellani añade: «Recuerdo haber entregado uno ó varios certificados respecto á la enfermedad y curacion de sor Marini, aunque ignoro en este momen-

to quién me las pidió y á quién las dirigi: si en tales documentos declaré que la afeccion en el bazo podia llamarse ó la llamé positivamente tumor cirroso, ó dureza cirrosa, ó simplemente cirro, veo ahora que hubo equivoco de mi parte acerca la denominacion de la enfermedad, equívoco compartido por mi colega el Dr. Ceccolini; pues ambos nos hemos engañado por los efectos de la obstruccion tantas veces descrita, y que son casi semejantes á los de las durezas cirrosas. Sé que dicho Dr. Ceccolini es absolutamente de mi parecer acerca la enfermedad principal, y que está persuadido de haber incurrido en equívoco respecto el nombre que quizá le dimos en otra época, pues ambos sabemos que las vísceras del bajo vientre no son el sitio de un cirro ó un cáncer, como expliqué en su lugar.»

7. Es preciso, pues, borrar la palabra *cirro* de la especificacion de la enfermedad, y no hablar más que de una obstruccion del bazo. Ahora bien, desde el principio de esta discusion vacilo y estoy en la incertidumbre, pues no se puede tener una nocion perfecta de las enfermedades hasta que su asiento es claramente conocido. Haller enseña, en efecto, en sus observaciones acerca las lecciones académicas de Boerhaave, § 98, que *el mismo mal produce enfermedades diferentes, segun la parte á que afecta*. Además, para que el diagnóstico de una enfermedad sea cierto, es preciso conocer perfectamente el órgano atacado. Haller, habilísimo médico, decia (l. c. § 168): «Con frecuencia he tenido que tratar enfermedades sobre las que me era muy difícil pronunciar un juicio, atendido que no conocia aún la naturaleza de los órganos.» De ahí está otra confesion del mismo sabio: «El conocimiento de una enfermedad depende del perfecto conocimiento de sus efectos (ibid. § 698); una enfermedad no puede ser conocida sino conociendo enteramente la constitucion de las partes atacadas (§ 658).» En una palabra, para juzgar de las enfermedades es preciso el conocimiento anatómico y fisiológico de la víscera enferma. Bajo este doble punto de vista examinaremos la víscera enferma de que nos ocupamos, es decir, del bazo, á fin de que se sepa con exactitud lo que hay que pensar de la dolencia de sor Angela.

8. Los antiguos anatomistas sólo encontraron en el bazo una reunion de glándulas desprovistas de conductos secretores; y los modernos no ven en él más que pliegues

y repliegues de la arteria y de la vena esplénica; pero todos convienen en la poca importancia de esta víscera. ¿Cuál es su papel bajo el punto de vista fisiológico? El bazo parece no es otra cosa que una dependencia del hígado, como dice Boerhaave. Y los anatomistas, de acuerdo con los fisiologistas, afirman que un hombre puede vivir sin bazo. Experimentos hechos con animales, especialmente con perros, demuestran la exactitud de estas palabras de Haller: «Animales á quienes se ha extraído el bazo, sobreviven sin mucha incomodidad á esta operacion.» Seria hartó difuso nombrar á los autores que han reconocido este hecho; baste citar, entre los más célebres, á Malpighi y Bolinio, quienes, despues de extraer con suma habilidad el bazo á muchos perros, previniendo al mismo tiempo la hemorragia con la ligadura de los vasos sanguíneos, les cosieron el abdómen.

9. En consecuencia de tales hechos, puesto que el grado de una enfermedad depende de una víscera atacada, que el bazo es una víscera de muy mínima importancia y no absolutamente necesario á la vida, y atendido por último, que el sitio de la enfermedad de sor Angela era el bazo, no debe considerarse esta enfermedad como tan grave que no podiera ser curada por las solas fuerzas de la naturaleza. Pregunto, pues, ¿la obstruccion del bazo es, si ó no, tan grave que ni el arte ni la naturaleza puedan disolverla? Todo el mundo le negará esta gravedad, pues pueden citarse innumerables ejemplos de obstrucciones inveteradas, que el arte de Hipócrates ó la naturaleza sola han hecho ceder, han disuelto y enteramente destruido. Diréis que en nuestro caso la enfermedad llegó al punto de que la muerte era inminente, sin que la naturaleza ó el arte pudiesen cosa alguna. Nada diré del arte médico, mas citaré aún el aforismo tan conocido de Baglivi: «Con frecuencia la naturaleza empieza un nuevo trabajo en el momento en que cesan nuestros esfuerzos impotentes.» ¿No sucedió así con nuestra enferma? Veámoslo.

10. Hemos llegado al momento de buscar la causa de la curacion. Ciertamente la obstruccion inveterada de una víscera cualquiera no puede ser resuelta sin que se produzcan en todo el cuerpo perturbaciones graves y de larga duracion. Para que la obstruccion se disuelva, y sean poco á poco expulsadas las materias que causaban la enfermedad de la víscera, ha de producirse otro estado enfermizo en las demás vísceras más próximas. Así es que

con frecuencia la grande broncocele (la *hernia de la garganta*, la papera) se cura con una blenorrea espontánea. Recientemente en Roma, cierta mujer que sufría una enorme y antigua obstrucción del bazo, con debilidad general, curó perfectamente después de agudas calenturas, de evacuaciones mensuales abundantísimas, vómitos de sangre y diarrea. Aquellos que, ignorando el poder curativo de la naturaleza, sólo distinguen en las enfermedades los efectos del mal, que los confunden con los movimientos saludables de la naturaleza, se engañan mucho y exponen á groseras equivocaciones en sus juicios sobre las fases de la enfermedad. Y realmente, quienquiera que con tales perjuicios se acerca á los enfermos, considera necesariamente toda agravación de síntomas como una agravación de la enfermedad misma, y todo nuevo síntoma como una nueva enfermedad. Tales fueron el médico y el cirujano que asistieron á la religiosa en los últimos tiempos, pues no imaginaron poco ni mucho en una solución espontánea del mal. No es extraño, pues, que consideraran la calentura continua, el dolor siempre creciente del bazo y la hinchazón del útero, con sus evacuaciones de materias corrompidas, purulentas y fétidas, como el progreso y la extensión de una enfermedad por ellos reputada como incurable y mortal. A la verdad, un médico inteligente que por experiencia conoce la acción de la naturaleza y la aprecia por experimentos casi diarios, pensaría de muy distinto modo de la enfermedad de sor Angela. Vería en la calentura continua el medio de que se sirve la naturaleza para atacar, disolver y rechazar las materias mórbidas; en el aumento del dolor del bazo, el efecto de esta misma calentura para poner en movimiento y arrojar tales materias; del dolor y de la hinchazón del útero auguraría la transformación de la materia en el seno de este órgano; y por último en la materia purulenta y fétida que salía de ese mismo útero reconocería la evacuación definitiva de la materia mórbida.

11. Luego, mientras que la última fase de la enfermedad de nuestra religiosa le parecería á un médico inexperto un mal irreparable, otro de saber y de experiencia lo consideraría como la acción saludable de la naturaleza; pues hay que observar aquí que una crisis instantánea no es posible en tanto que la materia maligna es abundante, espesa y adherente á las partes internas de los órganos. Entonces, por el contrario, tiene lugar una crisis de larga

duración y continua, como sucede en las calenturas gástricas, en que se ve aparecer desde el primer día y durar hasta el fin la secreción de la materia mórbida. La obstrucción de sor Angela, á los ojos de un médico experimentado, llegó precisamente á tal estado que su última fase fué realmente una reacción de la naturaleza, haciendo esfuerzos contra el mal para vencerlo.

12. No será inoportuno añadir aquí algunas consideraciones en apoyo de nuestro parecer. Sor Angela, aunque pequeña y delicada, tenía, como hemos visto, notable viveza de espíritu, que influía de tal suerte en su cuerpo, que hacia de éste como el esclavo de su voluntad. Ahora bien, esto contribuye poderosamente á la producción de los movimientos saludables de la naturaleza. Hasta los testigos sospecharon esa acción eficaz de la naturaleza en nuestra religiosa. Efectivamente, el testigo quinto, después de enumerar las graves dolencias que la aquejaron en Pennabilli, añade: «Las fuertes afecciones de pecho que experimentó se terminaban felizmente, no sé si era merced á la eficacia de los remedios ó por una disposición natural.» La enferma, por el contrario, á causa de su carácter tan vivo, consideraba esas mismas dolencias como gravísimas y la afectaban mucho. El testigo veinte y uno dice: «Vi que se asustaba mucho por su dolencia.» Esto acontece por lo común en las personas que ceden fácilmente al ardor de su imaginación, y sobre todo en las mujeres, lo que no es pequeño obstáculo para el conocimiento de la gravedad de la dolencia. De ahí que, hácia el fin, no se pudiera averiguar suficientemente el estado de obstrucción del bazo, pues la enferma «estaba fastidiada, y el solo contacto de sus vestidos ó de los lienzos de la cama la hacia sufrir mucho:» por otra parte, como el médico y el cirujano no empleaban más que las manos y los dedos cuando juzgaban necesario darse cuenta del mal, es seguro que en los últimos días, en que desesperaban salvarla, se abstendrían por completo del exámen serio del bazo.

13. Mas hay que hacer otra grave observación crítica acerca del modo con que curó sor Angela. La curación, cuando es obra de Dios, es obra instantánea; la naturaleza, por el contrario, obra insensiblemente, y deja percibir los vestigios de la enfermedad. Ahora bien, sor Angela no abandonó la cama al momento de haber recobrado la salud, sino «que se levantó uno ó dos días después;»

hecho de suma importancia en nuestra discusión, atendida la conocida viveza de la enferma. Por lo demás, aunque el médico declara haber averiguado, después de la curación, *la completa desaparición de la calentura*, añade sin embargo: «Le quedó una ligera alteración causada únicamente por el enervamiento y la privación de las fuerzas.» Ese abatimiento de fuerzas y esa turbación del pulso, por ligeros que sean, no convienen á la obra de Dios, y revelan tan sólo la de la naturaleza. Pero no es esto lo que el testigo diez y siete se expresa así en el proceso: «Angela Marini experimentó repetidos ataques, punzadas en el costado y otras enfermedades del pecho, y varias veces fué preciso administrarle la Comunión como viático. Esto sucedió lo mismo después que antes de su curación.» Luego la curación no parece fué perfecta, y no es ciertamente de las obtenidas por milagro. Me objetareis que las enfermedades de que acabo de hablar difieren completamente de la obstrucción del bazo. Convento en ello, pero nadie podrá negar que antes de la curación dependieran de la obstrucción dicha. ¿Por qué, después de ella, no hubieran podido ser producidas por esa materia mórbida que, arrojada del bazo, atravesó el útero, que absorbió quizá parte de la misma?

14. Discutamos también un argumento presentado por el patrocinador de la causa. Hablando de las diversas enfermedades de nuestra religiosa, se expresa así: «Nadie ignora la gravedad de algunas de las dolencias de este género, aún cuando un hombre, por lo demás sano, es atacado de una sola de ellas. Ahora bien, reunidas todas en un cuerpo delicado, débil, y recobrándose apenas de otra enfermedad; suponéd que durante veinte y seis años han venido á añadirse á la enfermedad continua, incurable, que conducía al enfermo á una muerte cierta, y no considerareis que la terminación súbita de tantas enfermedades como el más notable efecto del milagro; y os parecerá siquiera posible que un cuerpo humano pudiera soportarlas durante veinte y seis años? Esta observación parece sería á primera vista; pero pierde mucho de su fuerza cuando se reflexiona en el carácter de la enferma. ¿No se trata aquí, en efecto, de esa religiosa á la que el mismo defensor de la causa declara dotada de espíritu muy vivo y alegre, aún en su ancianidad, hasta el punto que, desde que calmaba la violencia de sus males, parecía á las otras Hermanas fuerte y como curada? Las afecciones de que

fué atacada en Pennabilli eran graves, y sin embargo «decía á menudo que se sentía aliviada; y en efecto, en tales casos al parecer se encontraba muy bien.» Cuando la desventura de los tiempos la obligó á abandonar el claustro, «estaba muy buena, dice el testigo quinto. Luego estuvo gravemente enferma en su casa: no obstante, por confesión propia, ciba de vez en cuando á las poblaciones vecinas para distraerse; y el testigo veinte y dos añade: «que iba á veces á las parroquias vecinas para confesarse... y con frecuencia á casa de cierto D. Miguel Angel Stacciarini... que habitaba en Pietra Maura, á poco más de dos millas de San Leon.» Por lo tanto, excepto la obstrucción del bazo, que la afligía más ó menos, las otras enfermedades que padecía al mismo tiempo, si pudieron debilitarla, no la abatirían del todo, sobre todo porque, como hemos visto, *se terminaban benignamente*.

15. Otra dificultad ocurre también al examinar las palabras de sor Angela que se leen en el sumario y la información, palabras en las que se apoyará tal vez el patrocinador de la causa. Cuando sor Angela, en el temor de no poder referir, bajo la fe del juramento, todos los hechos relacionados con su curación, vacilaba sin poder decidirse á hablar, experimentó extraordinario dolor en el bazo, dolor que calmó al instante que hubo pedido perdon al venerable Siervo de Dios. Luego, se dirá, este otro prodigio confirma el primero y disipa todas las dudas. Fácil es contestar á esto. Sólo la enferma refiere este hecho, y la autoridad de un testimonio único es nula. Además, éste dolor que cesa súbitamente, no residía tal vez en el bazo, sino en los intestinos ó en otra parte, y probablemente lo causaron algunos flatos. Además, no había razón para que la religiosa fuese castigada, atendido que el temor de prestar juramento no es una falta, y que muchas personas recomendables lo experimentan. Con más razón hubiera merecido ser castigada cuando dijo al testigo once: «que recibió la gracia de su curación más por intercesión del venerable Siervo de Dios que por la aplicación de los remedios humanos.» Aunque en estas palabras atribuye su curación en parte á los remedios, y que sólo se sirve del nombre de *gracia* para designarla, no le sucedió mal alguno. Ahora bien, si la misma enferma sólo veía en su curación una simple gracia, ¿por qué la atribuiríamos á un milagro?

16. Páreceme he dado bastantes pruebas en favor de
Tomo v. 35

mi tesis para que pueda pasar en silencio la *invocacion*. Sin embargo, no será inútil detenernos algo en ella, ya que nos proporciona otro argumento en favor de la accion manifiesta de la naturaleza. Desde luego no es del todo evidente que fuera invocado el auxilio del venerable Siervo de Dios. Si se lee atentamente lo que dice sor Angela respecto á la invocacion, parece que todo pasó en un sueño más bien que en la vida real. ¿Quién es, en efecto, esta religiosa desconocida que se le apareció durante la noche? ¿Por qué la enferma no la reconoció? ¿Cómo esta misma no siente en qué estado se encuentra, y si su mal ha cesado ó no? Escuchadla: «No puedo decirlo, pues quedé como fuera de mí.» Y ¿por qué razon? No creia en una aparicion sobrenatural, y creyó «que era alguna de las Hermanas del convento;» y no abandonó este pensamiento hasta la mañana, al saber que ninguna religiosa entró en la celda en el momento... «en que le llevaron la Imágen.» Mas si ninguna religiosa entró en la celda de sor Angela, ¿á quién vió, pues? ¿A qué viene la aparicion de una religiosa desconocida en una obra cumplida por la intercesion del venerable Benito José? ¿Y para qué mostrar la imágen de este Venerable sin querer dejarla á la enferma, á pesar de las súplicas de ésta? Si admitis que todo esto sucedió en estado de vigilia, confieso que no sé lo que es un sueño.

17. No condeno, sin embargo, á la enferma curada por haber confundido un sueño en la realidad, y jurado que estaba dispuesta cuando sucedió aquello, pues en la vision de la religiosa desconocida hay que ver uno de esos fenómenos naturales, y áun comunes, y que se producen frecuentemente, tanto al principio como al fin de las enfermedades. Entonces el hombre que se despierta advierte el cambio bueno ó malo que ha pasado en sí mismo. A esta percepcion se unen imágenes vivas que tienen analogia con este mismo cambio y que se refieren á las ideas del enfermo, de suerte que tienen la apariencia, no de un sueño, sino de una vision real.

18. Por lo demás, sor Angela estaba inclinada á esta clase de alucinaciones. Véanse las palabras del testigo quinto: «Con frecuencia me decia sor Marini haber recibido diferentes gracias en aquel monasterio (de San Antonio de Pennabilli), y aunque no puedo ahora precisar cuáles fueron estas gracias y por intercesion de quién las obtuvo, creo que recibí una por medio de la bienaventurada Verónica

Giuliani.» Al principio de la formacion, más de veinte años antes, este testigo habia ya dicho. «En aquel monasterio, donde ya sufrió los males de que he hablado, decia con frecuencia haber sido librada de uno ó de otro, ora por intercesion de la bienaventurada Verónica ó de algun otro santo, ora tambien por la de personas vivas, particularmente del misionero José Bighetti y de Dom Luis Santinelli de San Angelo en Vado, ahora jesuita: ignoro si era por súplicas, bendiciones ó por mandato de santa obediencia.»

19. De estas palabras del testigo quinto resulta áun otra consecuencia, la que debe hacer cesar toda la admiracion que le inspiran al defensor de la causa las enfermedades de sor Angela. Se asombra éste de que nuestra religiosa hubiese soportado durante veinte y seis años «una masa de dolencias que un cuerpo humano parece incapaz de soportar.» Sin embargo, no hay en esto nada de sorprendente, si se admite al mismo tiempo que fué ayudada por una medicina celestial, y que recibió *gracias* que hacian desaparecer tal ó cual de sus enfermedades. A esta gracia añadid la última, la que dió eficacia á la operacion de la naturaleza: de este modo compatiréis, como hemos dicho, la opinion de la enferma curada, y la cuestion quedará resuelta. Por lo demás, deseo ardientemente que en este milagro como en todos los otros, desaparezcan las dificultades, y que el venerable Benito José, inserto entre los Bienaventurados, destruya con su ejemplo la vanidad y el orgullo de nuestro siglo.

ANDRÉS MARÍA FRATTINI,

abog. de la S. Cong. y promotor de la santa fe.

Contestacion á las observaciones criticas del promotor de la fe.

1. Entre personas que sostienen opiniones contrarias apenas se encontrará nunca acuerdo más grande que el que reina entre nuestra informacion y el trabajo tan serio de nuestro ilustre censor. La informacion y la critica presentan la misma exposicion de la dolencia. La informacion considera el mal principal en la obstruccion del bazo, de la que supone procedieron las demás afecciones. Por su parte la critica dice claramente: «Como el bazo

endurecido á causa de la obstruccion se encontraba en un estado bastante grave, el útero, inmediato al bazo, sufría tambien... Y entonces irregularizándose los menses y hasta suspendiéndose, y encontrándose comprimido el útero, se declararon pleuresías, peripneumonías, hemoptisis, expectoraciones purulentas, flores blancas, convulsiones, afecciones histéricas, jaquecas, cólicos, etc.» La misma crítica añade en seguida: «La obstruccion del bazo, como hemos observado al principio, era la causa única, el único origen de estos males... Luego; puesto que la cuestion queda reducida á una enfermedad del bazo, veamos qué debe pensarse de ella.»

La informacion demuestra que la enfermedad consistia en una simple, pero durísima, obstruccion del bazo y no en un cirro. Y si en el enunciado del milagro y en la informacion, á dicha obstruccion se le da el nombre de *cirrosa* ó *pétreo*, está claro que el vocablo *cirroso* se ha añadido como sinónimo de *pétreo*, á causa de su semejanza con el cirro, cuya dureza se acerca á la de la piedra. En adelante la palabra *cirrosa* no es empleada sino como epíteto de la obstruccion, lo que hace más clara la significacion del término y excluye el *cirro*. La crítica, por su parte, aceptando gustosa esta misma opinion, se aplica sobre todo á rechazar el cirro, y se apoya para esto en las deposiciones del médico y del cirujano.

La informacion afirma que la naturaleza de la enfermedad fué siempre la misma hasta el fin. «Trátase de una dolencia, dice, que empezó en 1792 y prolongóse hasta 1818, esto es, durante veinte y seis años.»

Y la crítica confiesa claramente: «que la obstruccion del bazo duró veinte y seis años;» esto es, hasta la curacion.

La informacion pretende, por último, que la enferma curó enteramente de la obstruccion; y la crítica de ningún modo lo pone en duda.

En presencia, pues, de semejante acuerdo en los hechos principales las causas de disentimiento deben ser pocas en número y de escasa importancia. Examinémoslas unas tras otras.

2. No nos detendremos en la observacion crítica que se nos hace respecto á la abadesa, que se expresa así: «Nunca sospeché que sor Marini fingiese estar enferma, aunque he dudado alguna vez de que el mal fuese tanto como decia;» pues no habiendo creído nunca que dicha

religiosa simulase una enfermedad, ciertamente no se opone á la existencia de ésta. Respecto á su opinion sobre la naturaleza ó gravedad del mal, no es de su incumbencia el juzgarlo. Los que serán llamados á fallar segun los síntomas, estarán necesariamente en desacuerdo con ella.

Pasamos asimismo en silencio de la observacion de la crítica, afirmando que la enfermedad de sor Marini tuvo una recrudescencia cuando recibió la inesperada noticia de que su hermano habia tenido un ataque de apoplejía, y que desde entonces, de crónico que era, el mal pasó al estado agudo. Más tarde tendremos ocasion favorable de discutir este hecho.

Harémos caso omiso, por último, de otra dificultad nacida de la palabra *cirroso*, que la crítica quisiera ver borrado del enunciado del milagro, para que se viese con claridad que no se trataba de un cirro; y lo omitimos porque ya hemos expuesto claramente el sentido de este epíteto: si lo hemos empleado en el enunciado del milagro, es porque en el sumario los médicos que asistieron á la enferma, lo más frecuentemente lo han empleado para expresar la extraordinaria dureza del bazo, y porque el enunciado del milagro debe indicar claramente y por completo de qué se trata.

3. Llegamos á nuestro asunto. El crítico dice: «Para pronunciar un juicio cierto acerca de una enfermedad, es necesario poseer el conocimiento anatómico y fisiológico de la parte enferma. Ahora bien, la materia del bazo, la viscera de que aquí se trata, nunca fué suficientemente conocida de los antiguos, que hacian consistir su sustancia en la reunion de glandulitas privadas de conducto excretorio, ni es tampoco conocida de los modernos, que reconocen únicamente en el bazo un complejo formado de pliegues y repliegues de la arteria y de la vena esplénicas. Se ignora casi completamente su uso, y parece que sólo es un complemento del hígado. Por otra parte es cierto que esta viscera no es de grande importancia, toda vez que la experiencia nos enseña que animales á quienes se ha extraído el bazo viven fácilmente. Supuesto esto, deduce que la enfermedad de sor Angela Josefina Marini, que tenia su asiento en esta viscera, no debe ser considerada como muy grave.»

4. Poco falta para que cada una de estas aprehensiones merezca una refutacion. Pero tomáremos el camino más corto. Desde luego concedemos que las enfermedades son

tanto más graves y peligrosas en cuanto atacan órganos más necesarios á las funciones vitales. No se sigue de esto, empero, que las dolencias que afecten partes menos nobles, ó que no sean de absoluta necesidad para la vida, no puedan ser graves ni mortales. La gravedad, en efecto, depende menos de la naturaleza de la parte atacada que del peligro y detrimento que le puedan sobrevenir al cuerpo de la enfermedad de esta parte, por secundaria que sea. Nadie sostendrá que los muslos sean necesarios para vivir, y sin embargo, si no se atacase enérgicamente la gangrena que se declara en el muslo, todo el cuerpo perecería. Y aunque se pueda volver á la salud y la vida cortando el muslo, nadie concluirá que la gangrena en esta parte del cuerpo sea un mal leve que pueda despreciarse.

5. Convenimos tambien en que es mucho más fácil conocer las enfermedades y curarlas cuando son conocidas la naturaleza y el uso de los órganos enfermos; mas al mismo tiempo negamos que de esto se deduzca que no es posible descubrir ni curar las enfermedades de las partes menos perfectamente conocidas. Hipócrates, que murió veinte y dos siglos há, ciertamente ignoró la anatomía y la fisiología de cierto número de partes que no han sido conocidas más que de los modernos, muchas de las cuales llevan el nombre de quienes las descubrieron. Y no obstante, el mismo Hipócrates pronunció juicios tan precisos acerca del diagnóstico, los pronósticos y el tratamiento de las afecciones del bazo, así internas como externas, que siempre ha sido y es todavía considerado por todos los hombres sensatos como príncipe de la medicina. Más aún; da tan exacta descripción de las enfermedades del bazo, órgano entonces desconocido, en su libro de las afecciones internas, que hasta los modernos recomiendan las observaciones que hizo sobre este punto.

¿Qué más fácil de observar en cada época, y qué más comun que la obstrucción del bazo? ¿Hay médico alguno que no lo recuerde? ¿Hay uno sólo que no haya dado prescripciones para tratarla? ¿Cual es la razon de esto? Héla aquí: Fuera del conocimiento perfecto de la parte enferma, las enfermedades se revelan por síntomas ciertos, cuya constante observacion hacen conocer al médico la naturaleza del mal y la marcha que ha de seguirse en el empleo de un tratamiento oportuno.

De otra suerte, aquel que ha dado á los hombres el conocimiento de los remedios, el Altísimo, á menos de obrar

inconsideradamente, hubiera debido darles de antemano una ciencia completa de la anatomía, de la fisiología de todas las partes y de todos los órganos del cuerpo. Es evidente pues, que una enfermedad puede ser tratada y conocida, aunque se ignore la anatomía y la fisiología de la parte del cuerpo que afecta.

6. Pero si se ignoraba en otro tiempo la constitucion anatómica del bazo, no sucede así en nuestros dias. Repasadas las descripciones anatómicas del cuerpo humano que corren en manos de todos y veréis en ellas descritas con el mayor cuidado la túnica serosa y fibrosa del bazo, sus basos exteriores, venosos y linfáticos, sus nervios, su tejido celular, sus partes granuladas, su parénquima propio. Los cuadros ó láminas os ponen todos estos objetos á la vista. Respecto al uso de esta víscera, cierto que los médicos no están aún de acuerdo, pero la mayor parte parece conviene en que cualquiera que sea la funcion de este órgano, debe ser importantísimo, por la observacion que han hecho de que las enfermedades del bazo engendran gran número de otras dolencias en el cuerpo humano.

Es opinión bastante comun entre antiguos y modernos que las funciones principales del bazo consisten en purificar la sangre y administrarla. Pasamos por alto los antiguos, y de los modernos no citaremos más que á Sennert y Hoffmann.

El primero declara (1): «Para la producción de una sangre más pura no es suficiente una primera separacion de los excrementos y del quilo en los intestinos. Cuando este quilo, contenido en las venas mesentéricas, ha recibido allí algunos elementos de la sangre, ésta tiene que ser purificada cada vez más de su parte espesa y feculenta ó heces, operacion que verifica el bazo.»

Hoffmann, despues de estudiar la estructura de esta víscera, dice (2): «La estructura del bazo parece dispuesta para este único objeto, á saber: que la sangre, despues de cruzar millares de vasos, tanto en los pulmones como en la placenta uterina, sea intimamente disuelta por una molienda incessante, más derretida y fluida, á fin de que, vertida en la sangre que vuelve más lentamente y más espesa de las vísceras profundas del vientre, á través de las ramificaciones de la vena porta, le dé la fluidez necesaria para continuar su camino á través del hígado. Así,

(1) Sennert. *Medec.* lib. I, cap. 9. *De lienis usu.*
(2) *Sist. Méd.* lib. I, sect. 1, cap. 8 y 12, Schol.

cuando á un perro se le priva de un bazo, el hígado se endurece, y el animal se vuelve más perezoso y gordo: esto es lo que nos enseñan los numerosos experimentos anatómicos.»

Además de esta función principal del bazo, los mismos doctores nos enseñan también que ayuda á las funciones del hígado y del estómago, conclusión que deducen de las íntimas relaciones que existen entre estos órganos.

7. Hé aquí lo que dichos autores reconocen de la estructura del bazo, según las enfermedades causadas por sus afecciones y relaciones íntimas con los demás órganos: los médicos actuales, enriquecidos con mayor número de observaciones, ilustrados con las luces más luminosas de la física y química, lo han demostrado absolutamente. Sobre esta cuestión debiera leerse el precioso trabajo que ha publicado el ilustre Carlos Maggiorani acerca las enfermedades del bazo.

Enseña primero, con auxilio de razones patológicas, que gran número de las dolencias causadas por la sangre que se espesa anormalmente, tienen su origen en una afección enfermiza del bazo, y que estas dolencias se curan con los mismos remedios que se emplean contra las afecciones del bazo, lo que demuestra la acción evidente de éste en la confección de la sangre ó en la *hematosis*. Confirmando luego con razones anatómico-fisiológicas lo que acaba de exponer, observa que se encuentra el bazo sólo en los animales que tienen verdadera sangre, carne, músculos y aparato urinario, y que la estructura de aquel se asemeja mucho á la de la placenta, órgano propio para la confección de la sangre. Además, la disposición de los vasos de dicha viscera, el fluido encontrado en sus vasos linfáticos, los tubos anejos á los granitos puestos en las extremidades de los ramales de las arterias, la naturaleza del humor, el vacío que se encuentra en el bazo, si se le corta despues de la comida ó de un ayuno prolongado, su túnica fibrosa y las paredes también fibrosas de sus células, paredes que proceden de la prolongación de las membranas de la vena esplénica, todo esto demuestra que el bazo concurre á la confección de la carne.

Llamando luego á la química en su auxilio, demuestra que en el bazo se encuentran todos los principios necesarios y convenientes para transformar en sangre la materia grasa y oleosa del quilo, y para colorarlo. Ahora bien, todo esto sería inútil si no hubiese esta viscera para la elaboración de la sangre.

8. El lazo íntimo que existe entre el aparato urinario y el bazo, proporciona á este hombre ilustre un nuevo motivo para defender su opinion. Dice, en efecto: «Si el bazo está destinado á elaborar el azoe, uno de los elementos que componen la sangre, comprendemos la relación íntima que tiene con el aparato urinario, destinado especialmente á eliminar del organismo el azoe excedente y reducido á urea ó sal amoniaca. Estos órganos urinarios aparecen en el reino animal, conjuntamente con el bazo. Si dan una urina pálida, acuesa y desprovista de urea, es porque dicha viscera está entorpecida é inactiva... Por el contrario, si la urea es abundante, ó si la urina está impregnada y manchada por la parte colorante de la sangre, es una prueba de que el bazo está en un estado de hipertrofia y de congestión activas.»

El resultado de este razonamiento es confirmar lo que se ha establecido anteriormente, y mostrar el papel de dicha viscera en la secreción de los orines.

9. Además de su función principal, que es concurrir á la formación de la sangre, función que nuestro ilustre autor, apoyado en razones reunidas de todas partes, atribuye al bazo; también le señala otras muchas. Place notar que la bilis sobrea abunda en hidrógeno, y que la sangre de la vena esplénica que va al hígado, donde se secreta la bilis, es también riquísima en hidrógeno. Sentado esto, continúa: «De aquí nace la opinión común de que la sangre de la vena esplénica más fluida, más hidrogenada y putrescible, contribuye mucho á la formación de la bilis.»

Confirma estas funciones del bazo demostrando que las afecciones de esta viscera preceden por lo común á la del hígado y se unen á ellas, sobre todo en el acto de la secreción de la bilis, y que en los animales á quienes se ha extraído el bazo, la bilis es menos abundante en partes resinosas, es decir, en esas partes en que abunda principalmente el hidrógeno.

10. Hay que observar también que el bazo modera la distribución de la sangre de que necesita el estómago para desempeñar sus funciones; pues como la arteria esplénica procede del principal vaso anejo al estómago, «resulta de esta disposición que cuando el estímulo llama una cantidad mayor de sangre en el ventrículo, afluye menos de ella en el bazo, y que cuando el ventrículo ha terminado su trabajo, aquel recibe mayor cantidad de sangre y empieza entonces el suyo. Esto está de acuerdo con el

hecho de que las enfermedades del bazo tienden á turbar las funciones del estómago, y que las perturbaciones de éste originan las afecciones esplénicas.»

11. Entre las utilidades del bazo señala tambien otra que han observado muchos doctores, y es la de que esta viscera parece desempeña el papel de moderador, y se opone á toda clase de turbacion y sacudida en la circulacion de la sangre, ofreciéndole en sus células un retiro conveniente para que no invada las vísceras más nobles. Hodgkin se expresa como sigue acerca esta cuestion: «El bazo desempeña en la economía animal una funcion parecida á la que producen los tubos y válvulas de seguridad en las diferentes especies de aparatos químicos y mecánicos.»

Por último, de que esta viscera tenga la virtud de producir el hierro en su tejido orgánico, el mismo autor concluye que con razon se puede considerar el bazo como un generador de electricidad para la sangre que de él deriva. Se apoya en la autoridad de Arthaud, quien «consideraba esta viscera como un aparato eléctrico»; luego añade: «Este estado hace ver como la postracion de fuerzas acompaña constantemente á las enfermedades del bazo, y como la irritabilidad se aumenta con el uso del hierro, que ejerce principalmente su accion en el bazo.»

12. El mismo doctor termina así su importante trabajo: «Si los hechos referidos son ciertos y no dejan de tener valor las razones que hemos dado, podemos concluir que la funcion principal del bazo es la siguiente: que el jugo gástrico que lleva la arteria esplénica, se animaliza más allí y empieza á adquirir la naturaleza de la sangre, sobre todo por la adiccion del amoniaco y del hierro á los que se une; que á consecuencia de esta accion entra en relacion con el hígado y le proporciona el elemento eficaz de la secrecion de la bilis, á saber, el hidrógeno, que, por sus relaciones vasculares y nerviosas con el estómago, se le asocia, de suerte que se convierte ocasionalmente en regulador periódico de la afluencia de sangre en estos dos órganos, segun sus necesidades, origen para el uno de los jugos ácidos, y para el otro de los alcalinos; que, uniendo el hierro y la albúmina, debe ejercer cierta influencia sobre el estado eléctrico de la sangre y sobre la vida de los tejidos musculares á los que la sangre se incorpora en gran parte.»

13. Lo dicho sirve para establecer que no se ignoran la

anatomía y la fisiología del bazo tanto como pretende la crítica. De ningun modo era necesario un trabajo tan prolijo para combatir el gratuito aserto de que este órgano es de poca importancia, cosa que ha refutado la crítica antes de que nos hubiese sido opuesta. ¿Qué ha pretendido nuestro censor al afirmar que el útero sufrió con la obstruccion del bazo, que los mênstruos fueron disminuidos y suprimidos, que hubo afecciones histéricas, que los pulmones fueron atacados por pleureasias y peripneumonías, seguidas á veces de esputos purulentos, que fueron turbadas las funciones del estómago y de los intestinos, de donde nacieron cólicos, etc., etc.? ¿Qué ha pretendido, digo, al entrar en estos detalles, sino enseñarnos que las funciones del bazo están tan íntimamente ligadas á las funciones de todos los órganos más nobles, que al ser gravemente turbadas las primeras deben serlo tambien todas las demás? ¿No da de ello una nueva confirmacion cuando declara que «la obstruccion del bazo, como hemos observado desde el principio, era la causa única, el único origen de todos estos males?» ¿Cómo, pues, hará concordar todos estos antecedentes con esta asercion subsiguiente: «Este órgano es de poca importancia?»

14. Recurrirá tal vez al ejemplo que hemos propuesto más arriba, del muslo gangrenado, que haría sucumbir á todo el cuerpo. Mas le suplicamos que advierta que allí sólo se trata de la difusion de la corrupcion, que desde cualquier miembro menos importante del cuerpo puede difundir por todas partes el virus que infectará todos los humores. Pero, en el caso en cuestion, se trata de un órgano que, por el mal de que está atacado, excita en el seno de los otros órganos enfermedades propias á cada uno de ellos, lo que establece claramente que este órgano es tan importante, que una vez turbado y gravemente afectado, y no pudiendo ya llenar convenientemente sus funciones respecto á los demás, los expone á graves perturbaciones que les son propias.

15. Se objetará tal vez: Puesto que esta viscera es tan importante, segun decís, ¿cómo es que los animales á quienes se ha privado de ella, han podido vivir aun, y cómo no ha sido más penosa su vida?

Desde luego harémos observar, que una cosa es tener el bazo enfermo y otra carecer de él. Mientras el bazo está enfermo es fuente y origen de otras enfermedades; pero extrayéndolo se quita con él la causa de las dolien-

cias, y se abandona á la naturaleza el cuidado de suplir las funciones de dicha viscera. La contestacion no es nuestra. El ilustre Maggiorani ha prevenido la dificultad, y aun la considera sin valor en el caso en que se pretendiese que el bazo sólo es llamado á la formacion de la sangre, «porque la naturaleza puede tomar otros medios para producir la misma accion. Cuando llega á faltar parte de ella, la fuerza del organismo se despliega á fin de suplir de uno ú otro modo la parte ausente con auxilio de un aparato análogo;» pues nadie atribuyó nunca la hematosis y la conversion del quilo en sangre al bazo solo: no son las venas del bazo las únicas que pueden producir este efecto, sino tambien todas las raíces de las venas portas. De suerte que, extraído el bazo ó encontrándose interceptada su accion, todavía quedan para producir este resultado los ramales del mesenterio superior, y tambien las venas que afluyen á la arteria esplénica en lugar de la extirpacion. Si así no fuese, no hubieran podido vivir los animales á quienes se privó del bazo, y aquellos en quienes hubiese sido completamente obstruido. Les hubiera sido imposible vivir muchos años.

De consiguiente, atendido que las observaciones que se nos oponen no tienen valor alguno para establecer que el bazo es una viscera de poca importancia, y considerando que las razones que hemos aducido confirman, por el contrario, la importancia del bazo en las funciones que le están confiadas, lo mismo que la accion mayor que ejerce en los órganos más importantes, queda establecido que la enfermedad en cuestion debe ser tenida como grave precisamente por la razon de que tenia su asiento en este órgano:

16. Pero me preguntais: «¿Y si la obstruccion del bazo es de tal suerte mortal que ni el arte ni la naturaleza pueden hacerla desaparecer?» Vosotros lo negais, y añadís que los médicos nos citan gran número de ejemplos de obstrucciones verdaderas curadas por el arte y la naturaleza. Y aunque en el caso que discutimos se trata de una enfermedad muy reconocida por los médicos, nos oponéis de nuevo la autoridad de Baglivi, quien declara «que á menudo la naturaleza empieza una nueva accion, cuando cesan todos nuestros esfuerzos.»

17. Vuestra primera cuestion tiene dos defectos: 1.º pide más de lo justo: exige, en efecto, que se demuestre que la enfermedad en cuestion no puede desaparecer ni

con ayuda del arte ni con las fuerzas de la naturaleza; mas sólo estaríamos obligados á presentar esta prueba cuando la curacion debiese referirse á un milagro de segundo orden, en que el *sujeto* debe exceder las fuerzas de la naturaleza.

En los milagros de tercer orden no es ocasion de hacer esta prueba, basta establecer que el *modo solo* de la curacion excede las fuerzas de la naturaleza, y probar que la enfermedad era grave y de difícil curacion. Por esto Benedicto XIV, enumerando las condiciones necesarias para constituir una curacion milagrosa, dice: «La primera consiste en que la enfermedad sea grave, é *imposible de curar*, tratándose de un milagro de segundo orden, ó de *curacion difícil*, si es un milagro de tercer orden.» Sentado esto, queda destruida la objecion, puesto que se apoya en ejemplos de obstrucciones desaparecidas por los esfuerzos de la naturaleza ó del arte.

Nadie puede negar estos hechos; pero pasando por el momento en silencio las circunstancias particulares de cada enfermedad, circunstancias que constituyen enormes diferencias entre los diversos males de la misma especie, no tenemos que ocuparnos en el caso actual sino del modo de la curacion. Ahora bien, esas obstrucciones inveteradas de que nos habláis, desaparecieron, si ó no, de repente y sin ninguna crisis? Si no desaparecieron de esta suerte, por la sola accion de la naturaleza ó del arte, es en vano que nos los opongais.

18. 2.º La observacion critica de que se trata exige tambien mucho más de lo necesario. ¿Quién se atreveria á contestar á esta pregunta: la calentura, la gangrena y la tisis, son de tal suerte mortales que ni la naturaleza ni el arte puedan curarlas? Considerad ante todo la naturaleza, el grado y la duracion de la calentura; examinad si la gangrena empieza á declararse ó si se ha apoderado ya de todo el cuerpo; observad tambien si la tisis no hace más que mostrar los primeros y ligeros indicios de su existencia, ó si llegó ya á su tercer periodo; y entonces, y solamente entonces, segun el grado de la enfermedad, daréis respuestas, no sólo diferentes, sino del todo contrarias.

19. Sigamos el mismo procedimiento para la obstruccion del bazo. ¿Considerais curable la obstruccion descrita por Bartholini (1)? Obstruccion en la que todo el páncrema del bazo estaba de tal suerte lesionado, *habiendo*

(1) Lib. 4, part. 1, cap. 8, num. 2.

llegado á ser tanta su dureza que apenas podia penetrar un cuchillo á no ser apretándolo fuertemente? O bien esta otra mencionada por von Filawmerdinge (1), en que estando la viscera completamente corrompida, todo el bazo era duro, de color de plomo, ancho y espeso..... conteniendo con abundancia en su interior una materia parecida á las heces del vino: ó bien, por último, esa tercera que vemos en Christian Rudnicus (2): «Este doctor extrajo de cierto cadáver un bazo cuya mitad estaba casi incrustada en un cartilago oseoso tan duro, que apenas podia penetrar el cuchillo más afilado, y que no se pudo retirar sin lacerar el parénquima?» Consideraréis como curables, por medio de la naturaleza ó del arte, esas obstrucciones del bazo que arrebataron á los enfermos? Y sin embargo, eran obstrucciones; luego las obstrucciones del bazo pueden ser mortales y enteramente incurables. En el caso en discusion no hablamos de una obstruccion cualquiera, reciente, ligera y muy circunscrita, sino al contrario de una obstruccion que presentaba la dureza de la piedra, que formaba un tumor visible á simple vista, que habia introducido la perturbacion en todas las funciones de los órganos principales, que habia alcanzado los pulmones, reducido el estómago á la inercia, producido la inflamacion de la matriz y la supuracion del útero, que, por último, rebelde á los esfuerzos de todos los médicos, despues de torturar á la enferma durante veinte y seis años, la condujeron al último extremo? Exponed un hecho semejante á los médicos, y preguntadles luego si esta enfermedad fué bastante grave y si se la podia curar fácilmente por las soloas fuerzas de la naturaleza ó por los recursos del arte?

20. Pero añadís: cuando los médicos se retiran la naturaleza empieza su obra. No negamos que esto haya tenido lugar alguna vez; mas ¿sucedió con nuestra enferma? Examinémoslo, que esto no será difícil; tenemos el modelo al que volveremos la obra de la naturaleza, que nada hace por saltos, y que emplea á este fin todas las fuerzas físicas en relacion con el mal. Serémos conducidos así á la segunda parte de la cuestion, aquella en que tenemos que tratar de la curacion milagrosa.

21. Nuestro censor, queriendo atribuir la curacion á las fuerzas naturales y á una crisis saludablé, hace ob-

(1) Apud Manget. *Bibl. med. De morb. lienis.*

(2) Apud eundem.

servar «que las obstrucciones de las vísceras, de larga duracion, no pueden resolverse sin ocasionar perturbaciones bastante graves en todo el cuerpo. Como, en el caso propuesto, se trataba de una enfermedad inveterada, de un tumor considerable, espeso y adherente á las partes interiores de las vísceras, la curacion no pudo ser súbita, sino que al contrario exigió necesariamente un tiempo bastante largo para ser perfecta. La materia mórbida debió ser digerida por el trabajo morbozo de las otras vísceras, para ser arrojada de las partes afectadas. Así se verificó en la enferma, que entró en convalecencia despues de una calentura aguda, vómitos y flujo purulento del útero. Los que ignoran el trabajo de la naturaleza pueden admirarse y aún asustarse de una agravacion cualquiera de los síntomas. Mas los médicos descubren á menudo en tales accidentes una futura curacion, y en el caso que nos ocupa, si estos hubieran sido instruidos y prudentes, hubieran debido ver en la calentura continua el medio ordinariamente empleado por la naturaleza para cocer y arrojar la materia mórbida; en el dolor del bazo, el efecto de la calentura que arrojaba este dolor; en el infarto del útero, la metastasis de la materia, y por último en esa materia puriforme y de mal olor que de él fluia, la salida de la materia morboza, salida que ni de mucho sospechaban.

22. Todo esto no es á la verdad nuevo, ni tomado al azar. Galeno dijo ya: «Las crisis son siempre precedidas de mucha perturbacion en el cuerpo del enfermo,» y aún trazó un extenso cuadro de esas perturbaciones. Advertió: «que las crisis se declaran más ó menos pronto segun la naturaleza variable de la enfermedad; que las enfermedades agudas son resueltas más pronto, y menos las de larga duracion. (*De diáb. decret. cap. 1.*)» Desde mucho tiempo los médicos saben que la crisis tiene lugar por traspaso, no en el sentido de que es arrojada la materia fuera del cuerpo, sino de que es transportada á otro sitio.

Concedemos todo esto, y convenimos tambien en que los ignorantes se asustan con frecuencia de esta agravacion de los síntomas, mientras que los médicos advierten en ellos el anuncio del retorno á la salud. Pero negamos que, en nuestro caso, debieran ó pudieran ver en la agravacion de la enfermedad lo que pretende ver la crítica. Negamos que hubiera transportado materia de un lugar á otro, que hubiera una coccion verdadera, y en una pa-

labra, negamos la existencia de la crisis. Si nuestro censor persistiese en afirmar su existencia, sostendremos que semejante crisis debió ser mortal.

23. Para demostrarlo, es preciso comenzar por definir la crisis. Según Galeno: «La crisis, esto es, el fallo, es un cambio súbito que se produce en la enfermedad, sea para la curación, sea para la muerte (1).» y en otro lugar (2): «La crisis, que significa un cambio súbito en la enfermedad, puede tener lugar de cuatro maneras: ó bien los enfermos son repentinamente librados de sus males, ó obtienen un cambio notable en mejoría, ó mueren, en seguida, ó empeora su estado.»

Según la definición de la crisis y la descripción de sus efectos, está claro que la crisis propiamente dicha no puede tener lugar sino en las enfermedades agudas: «pues aunque las crisis lleguen á veces, se dice, en las enfermedades de larga duración, la palabra crisis se emplea en un sentido más general (3).» Como tenemos que discutir una crisis en una enfermedad crónica, tomaremos esta palabra en el sentido más lato, y por esto borramos la expresión *súbito* de la definición de la crisis; pero dejaremos estas: «es un cambio que se produce en la enfermedad, sea para la curación, sea para la muerte.»

Ahora bien, en la enfermedad de que se trata hubo agravación continua y de larga duración de todos los síntomas, pero ningún cambio; luego, en el caso en cuestión no hubo crisis.

24. Pero, dice la crítica, hubo un cambio, y aún un cambio grave y notabilísimo; porque la religiosa, impresionada por una triste noticia, cayó al suelo; y entonces los males que sufriera hasta entonces se recrudecieron cruelmente: *la enfermedad, crónica al principio, se volvió entonces aguda.*»

25. Es un descubrimiento singular y del todo nuevo en los anales de la medicina, el que una enfermedad aguda que se prolonga durante unos tres años, y que se convierte así á la vez en aguda y crónica. Sin duda que la dolorosa agravación que tuvo su origen en la triste noticia que se comunicó á la enferma de la apoplejía de su hermana, «se manifestó, como ella misma declaró, un día del mes de junio del año en que vine, como he dicho, á este mo-

(1) *Comment 2 ad aphor. 13 Hippocr.*

(2) *Prognost. com. I.*

(3) *Senneri. Instit. méd. lib. 3, part. 3, cap. 11 in fine.*

nasterio.» Antes habia dicho: «Me encontré en este monasterio al fin del 20 de abril de 1815 ó 1816, precisamente un año despues que el Padre Santo Pio VII, volviendo de su cautiverio, entró triunfante en Roma.» Ahora bien, sabido es que el santo Pontífice fué restituido á la ciudad eterna el 24 de mayo de 1814; de consiguiente, dicha agravación del mal tuvo lugar en junio de 1815, y perseveró hasta la curación, que se realizó durante «la semana Santa, en abril de 1818.» Esta agravación dolorosa, es decir, esta enfermedad aguda se prolongó, pues, á lo menos treinta y tres años. Fenómeno inaudito en los anales de la medicina.

26. Dejemos á un lado toda chanza: puesto que la enfermedad crónica no se transformó en aguda, y que no se observó otro cambio que una agravación dolorosa de todas las afecciones, hay que deducir rigurosamente que no tuvo lugar la crisis.

27. Quizá tomaréis por tal la exacerbación misma de la enfermedad; mas entonces recordad que la crisis puede ser favorable ó mortal, toda vez que es un cambio que produce la curación ó la muerte. Tampoco olvideis que en esta clase de crisis los enfermos, ó bien mueren en seguida, ó bien empeora su estado, y este último resultado es el que vemos en nuestra enferma. El sumario nos lo hace conocer ámpliamente, lo mismo que nuestra información, en la que hemos tomado de aquel muchos hechos relativos al último período de la enfermedad. Sin embargo, no será inútil recordar como muestra lo que refiere el médico de la extraordinaria dureza de la obstrucción del bazo, y acerca la afección del útero durante los últimos tiempos. Véanse sus palabras: «La dureza no sólo se manifestaba al tacto, sino que era tan extensa y saliente, que el ojo podia verlo á la simple inspección de la parte afectada... El útero parecia excesivamente infartado; el *cirvo* especialmente (el médico emplea esta palabra para significar la extrema dureza del bazo obstruido ó hinchado) y el infarto del útero, á mi parecer, no podían curarse con ningún remedio humano... Desesperé de la curación de sor Marini, etc., y ordené la administración del santo Viático.»

28. Respecto á los males secundarios, recordaremos la deposición de la miraculada: «En los últimos meses de mi grave dolencia los esputos de sangre fueron mucho más frecuentes e iban acompañados de tos violentísima... Las convulsiones me hicieron sufrir más ó menos... el

flujo menstrual era irregular, y al fin quedó suprimido durante muchos meses. En esos últimos tiempos padecí también una inflamación en el pecho, complicada con asma; y mi estado llegó á ser tan grave, que, una vez principalmente, fué llamado el sacerdote... El útero, que se había hinchado, presentaba una dureza muy grande, que perseveró hasta la curación.»

29. Presentarémos, por último, la deposición del cirujano. Este, después de recordar los dolores del bazo, prosigue: «Eran de cada vez más insoportables y frecuentes... la enferma sufría áun con el contacto de sus vestidos ó ropas de la cama, etc. Tales dolores produjeron la falta de apetito, la aversión para toda clase de alimento, el estado de vigilia ó insomnio, accesos de calentura repetidos y continuos, la alteración, y por último la agravación de las enfermedades concomitantes... El útero, á causa de estar cerca de la viscera afectada, de los asaltos repetidos de la calentura y de los continuos dolores del bazo, fué invadido en toda su extensión por una inflamación gravísima que volvió tan sensible esta viscera, que el simple tacto le era sumamente doloroso. De él salía un humor acre y blanco, que fué en seguida sanguinolento, y que, inodoro al principio, se volvió poco á poco icoroso y de fétido olor... Este fermento acre se desarrollaba y aumentaba en el interior, dejando sólo lugar á una esperanza muy remota ó más bien imposible.» Si el mal fué siempre progresando y agravándose hasta el fin, la crisis hipotética no pudo ser sino mortal, una de esas crisis á consecuencia de las cuales, si los enfermos no mueren inmediatamente, empeora mucho su estado.

30. Había calentura continúa, ese medio ordinario por el que la naturaleza pone en movimiento la materia mórbida, y la evacua. Había aumento de dolor en el bazo, señal de que esta misma materia estaba en movimiento é impulsada hácia fuera; y había además hinchazón del útero, que indicaba la metástasis de la materia. El útero fluía una materia puriforme y de mal olor, lo que no era otra cosa que la salida de la materia mórbida. A todo esto podeis añadir aún los vómitos de sangre, el flujo hemorroidal, y para no olvidar nada, las pleuresías, las peripneumonías, con las expectoraciones sanguíneas y purulentas, cosas todas que, en vuestra hipótesis, no serían más que metástasis de la materia mórbida.

31. Hemos visto que la enfermedad persistió en toda su

crudeza, que fué siempre en aumento, y que nunca mostró la menor señal de cocción. Por esto, si quereis considerar como críticos todos los accidentes que acabamos de enumerar, os haremos observar con River (1): «Que hemos de tener como mortal, sobre todo, la crisis que no es precedida de las señales de cocción. En efecto, si no ha aparecido cocción alguna y sobreviene alguna turbación ó movimiento en los humores, con evacuación de esos mismos humores, es uno de los más ciertos indicios de que la naturaleza no está irritada, que anda perdida por la malignidad de los humores... prueba evidente de que las condiciones y los hábitos de la naturaleza están completamente trastornados y agotados por la violencia del mal.»

No pensaba de distinto modo Hipócrates cuando escribía: «La cocción indica la proximidad del fallo (de la crisis) y una salud cierta, mas los humores crudos que salen sin ser transformados por la cocción, y que se transforman en un abceso maligno, indican, ó la ausencia del fallo (de la crisis), ó los dolores, ó una larga duración, ó la muerte, ó la recaída.»

Y esos dolores, esa prolongada duración, esas recaídas y ese peligro de muerte los vemos en efecto producidos en nuestra enferma por las perturbaciones y evacuaciones. Después de éstas, según el testimonio del cirujano, no sólo la enfermedad principal continuó en toda su violencia con las otras afecciones, «sino que á cada pérdida, á cada recaída de las enfermedades adicionales, todos los síntomas se agravaban cada vez más,» é hicieron que los médicos perdiesen toda esperanza, como le sucedió también á la enferma, que en los últimos tiempos de su dolencia atestigua: «que esperaba la muerte á cada instante.»

32. Comprenderéis que no pudo ser de otro modo, si considerais la naturaleza de la materia evacuada. El médico recuerda «la materia sucia y purulenta que salía frecuentemente del útero.» El cirujano declara que vió esos humores, al principio «acres y blanquecinos, y después sanguinolentos: en primer lugar eran inodoros, y se volvieron súctos y de pésimo olor.» La miraculada declara que esos mismos humores fueron al pronto blanquecinos, y luego amarillentos y purulentos. Ahora bien, conforme hicimos notar en el milagro anterior, puesto que el

(1) *Inst. méd.* lib. 2, sec. 2, cap. 3. Vide etiam Zacchiam. *Quaest. leg.* lib. 1, tit. 2, quaest. 27, 28.

pus sanioso se distingue del pus benigno, sobre todo por lo heterogéneo de su sustancia y por su olor fétido, está claro que los humores que salían del útero de ningún modo habían experimentado el poder de la naturaleza ni habían sido dominados por ella, que no habían sido despojados de su cualidad deletérea, que no se habían transformado en más benignos y mejor dispuestos para la evacuación; en una palabra, es evidente que permanecieron en su crudeza, cualidad ésta que es la corrupción de una sustancia, la putrefacción del humor por la que se hace diferente de sí misma respecto á su sustancia y á sus cualidades. Por esto las excreciones de esta clase deben necesariamente producir los efectos de las evacuaciones crudas señaladas por Hipócrates, y que se produjeron verdaderamente en nuestro caso, esto es, que deben producir una crisis mortal.

33. Si de las evacuaciones dirigimos nuestras miradas á los desórdenes y metastasis, verémos asimismo una crisis mortal, sobre todo si considerais, no la metritis sola, sino tambien las pleuresias y peripneumonías como enfermedades metastásicas. «Para ser favorable la crisis, por cambio de lugar y transporte de materias, exige ante todo un sitio menos noble y distante. Así es que si el lugar á que es transportada la materia es tambien noble, ó más noble que el lugar de la enfermedad, el cambio de lugar dista mucho de ser ventajoso para el enfermo, antes bien le conducirá á una enfermedad igualmente grave y quizá peor (1).»

El útero no le cede ciertamente en dignidad al bazo, y el pulmon es un órgano mucho más noble; así, segun el punto á que se trasladase la materia mórbida, la metastasis seria perigrisísima, aun cuando se tratase de pus benigno; pero en el caso en cuestion se trata de pus malo y sanioso; de consiguiente aumenta mucho el peligro y daño, y no puede haber otra crisis que una crisis mortal.

34. Hemos entrado en todos estos detalles para dar entera satisfacción á nuestro ilustre censor: descubre una crisis en la agravacion del mal, y le hemos mostrado claramente de qué naturaleza en su hipótesis, hubiera sido esta crisis. Nosotros rechazamos toda especie de crisis, y con razon, como lo conocerá cualquiera que observe que no hubo ningún cambio en la enfermedad. La paciente sufrió de vez en cuando calenturas durante todo el curso

(1) Sennert. *Inst. méd.* lib. 3, part. 3, cap. 20.

de su dolencia: por lo tanto, si la calentura se reprodujo, no fué más que la reproducción de un síntoma otras veces manifestado. Sufria tambien á intervalos afecciones en los pulmones, pues la hinchazon del bazo, turbando y dificultando la elevacion y circulacion de la sangre, esta última debió refluir con mayor violencia hácia los pulmones y perjudicarles. Conforme hemos visto, existe una relacion muy íntima entre el bazo y el estómago, y estando el primero enfermo, debió resultar una lesion en las funciones del segundo. La irregularidad y la supresion de los ménstruos nos muestran que, desde el principio, el útero estaba gravemente afectado, y la enfermedad del útero produjo jaquecas. Por último, ¿qué se descubrió de nuevo en la enfermedad con el tiempo? ¿qué mal insólito se declaró? ninguno ciertamente, si no es la agravacion de todos los males. Pero la agravacion no es el *cambio*. Luego, no habiendo tenido lugar el cambio, no hubo ninguna crisis.

35. Despues de estas consideraciones generales acerca la exposicion de la enfermedad, si se examina cada cosa en particular, se llega al mismo resultado. Nos objetais la calentura, mostrándonosla como crítica. Pero ¿se ha visto nunca tal desórden é inflamacion de todas las vísceras sin calentura alguna? Esta fué sintomática y no crítica. Objetais el aumento de los dolores del bazo, pero si la violencia de la enfermedad pesó cada dia más sobre esta víscera, que llegó á tal grado de espesor y de dureza que los médicos temian un esfacelo, ¿era posible que la enfermedad viniese á ser más aguda sin aumento de los dolores? Oponednos tambien, si quereis, los vómitos de sangre y los flujos hemorroidales, y nosotros os contestaremos que estos accidentes coincidieron con el desórden y la supresion de los ménstruos, supresion que ocasionó aquellos fenómenos... «Si la circulacion de la sangre, dice Astruce (1), es interrumpida en una parte cualquiera del cuerpo en que se encuentran vasos muy delicados ó debilitados, la sangre podrá abrirse camino y producir hemorragias periódicas, como sucede ordinariamente en los ménstruos retrógrados.» Luis Mercato dice (2): «Cuando la naturaleza se esfuerza por producir los ménstruos, si es desviada de su objeto» ó si un obstáculo cualquiera obstruye la via natural, las evacuaciones menstruales se ve-

(1) *De morb. mulier.* lib. 1, cap. 3, § 4.

(2) *De mulier. affect.* lib. 1, cap. 7.

rifican por medio de copiosa sangre arrojada por las narices ó por la boca. «Añadid á esto que, á consecuencia de tales evacuaciones, ó, como dice el cirujano, «á cada pérdida, todos los síntomas se agravaban.» el tumor y la dureza del bazo no sólo no disminuían, sino que aumentaban. Esto indicaba con evidencia que la sangre vomitada no procedía del bazo, sino que era un síntoma, ó más bien una consecuencia de la supresion de los ménstruos, ó si lo preferis, de la enfermedad de los pulmones.

Pretendeis, por último, buscar la metastasis en la hinchazon del útero, y la salida de la materia mórbida en los esputos purulentos. Pero si la metastasis, ó el transporte de la materia mórbida, si su evacuacion hubiese tenido lugar, al mismo tiempo hubiera disminuido el volumen del bazo, desaparecido su dureza y ablandándose; pero al contrario, la dureza y el tumor aumentaron hasta el fin. Luego, no hubo en él ninguna metastasis ni evacuacion de la materia mórbida. A cualquiera parte, pues, que os volvais, todo rechaza claramente la existencia de una crisis.

36. Descartada victoriosamente la hipótesis de una crisis, y aun volviéndose contra su autor, nada serio puede oponérsenos. Sigamos, sin embargo, á nuestro censor hasta el fin. Dice que la religiosa era de carácter ardiente y vivo, muy propio para provocar los movimientos saludables de la naturaleza. Y como uno de los testigos afirma haber oido decir que sor Marini temia mucho las enfermedades,» la critica atribuye este temor á este mismo carácter, y observa que semejante disposicion del alma es un obstáculo para que se conozca perfectamente la causa de la enfermedad. Cree además que no es bastante cierto que la obstruccion del bazo perserveró en el mismo estado hasta el fin, porque es probable que los médicos, durante los últimos dias, se abstuvieran de tocar esta parte que ni siquiera podia soportar el contacto de los vestidos.

37. La primera de estas dificultades, como se ve, refiérese á la crisis, y cae por sí misma despues de lo que hemos dicho. La segunda está en oposicion con la primera, pues si la enferma era en realidad temerosa á causa de su dolencia, ciertamente le faltaba esa viveza sumamente á propósito para producir movimientos saludables: ahora bien, esa viveza, natural en nuestra enferma, no sólo la reconocen los testigos, sino tambien el censor, quien declara más abajo: «Los males que sufrió fueron

graves, y sin embargo á veces daba á comprender que estaba mejor, hasta el punto de que parecia curada. Por lo tanto, el testigo auricular que se nos opone ha de ser desechado como habiendo sido inducido á error, y asimismo debe desecharse la observacion sobredicha.

Respecto al estado de la dolencia inmediatamente antes de la curacion, hemos visto que el tumor del bazo era tal, que podia advertirse sin auxilio del tacto, á la sola inspeccion de la vista. De consiguiente, los médicos pudieron asegurarse de la existencia del mal sin recurrir al tacto. Y como la enfermedad debia continuar en el mismo estado tanto tiempo como todos los síntomas acusasen la misma intensidad, si estamos ciertos de que los síntomas persistieron, de ningun modo podemos dudar de la continuacion de la dolencia, como declaró el cirujano que hizo una visita la vispera ó antevispera de la curacion: «La tenaz persistencia del mal duró hasta el fin, y conservó siempre su misma naturaleza, lo que se deduce invenciblemente de la persistencia de todos los síntomas que he descrito.» Con mayor claridad aún se expresa el médico, que visitó á la enferma la vispera de la curacion: «Hallé á la paciente mucho más mala que el dia anterior... vi que la obstruccion del bazo persistia en la misma intensidad.» Tambien la enferma, que por cierto tiene derecho á ser oida, puesto que se trata de un hecho que le es personal y de una cosa que cae bajo el dominio de los sentidos, declara «que el útero estaba levantado, y presentaba extraordinaria dureza que perseveró hasta la curacion: lo mismo sucedia en la dureza del bazo.»

38. Así, aun en la hipótesis (que ciertamente no concedemos) de que los médicos no hubiesen reconocido el mal con auxilio del tacto, podemos por otro camino adquirir igualmente la certeza de que la enfermedad continuó en el mismo estado hasta la curacion.

39. La critica, que se va convenciendo de la curacion, pretende demostrar que no era perfecta: 1.º porque la micraculada no se levantó al momento de la cama, sino que aun permaneció en ella uno ó dos dias; 2.º porque, aunque el médico afirma que *halló desaparecida la calentura*, añade que continuaba alguna alteracion en el pecho, causada únicamente por la debilidad y falta de fuerzas, pues la critica no cree que pueda conciliarse esta falta de fuerzas con la obra divina; 3.º porque, aun despues de su curacion, la religiosa estuvo sujeta á enfermedades del pe-